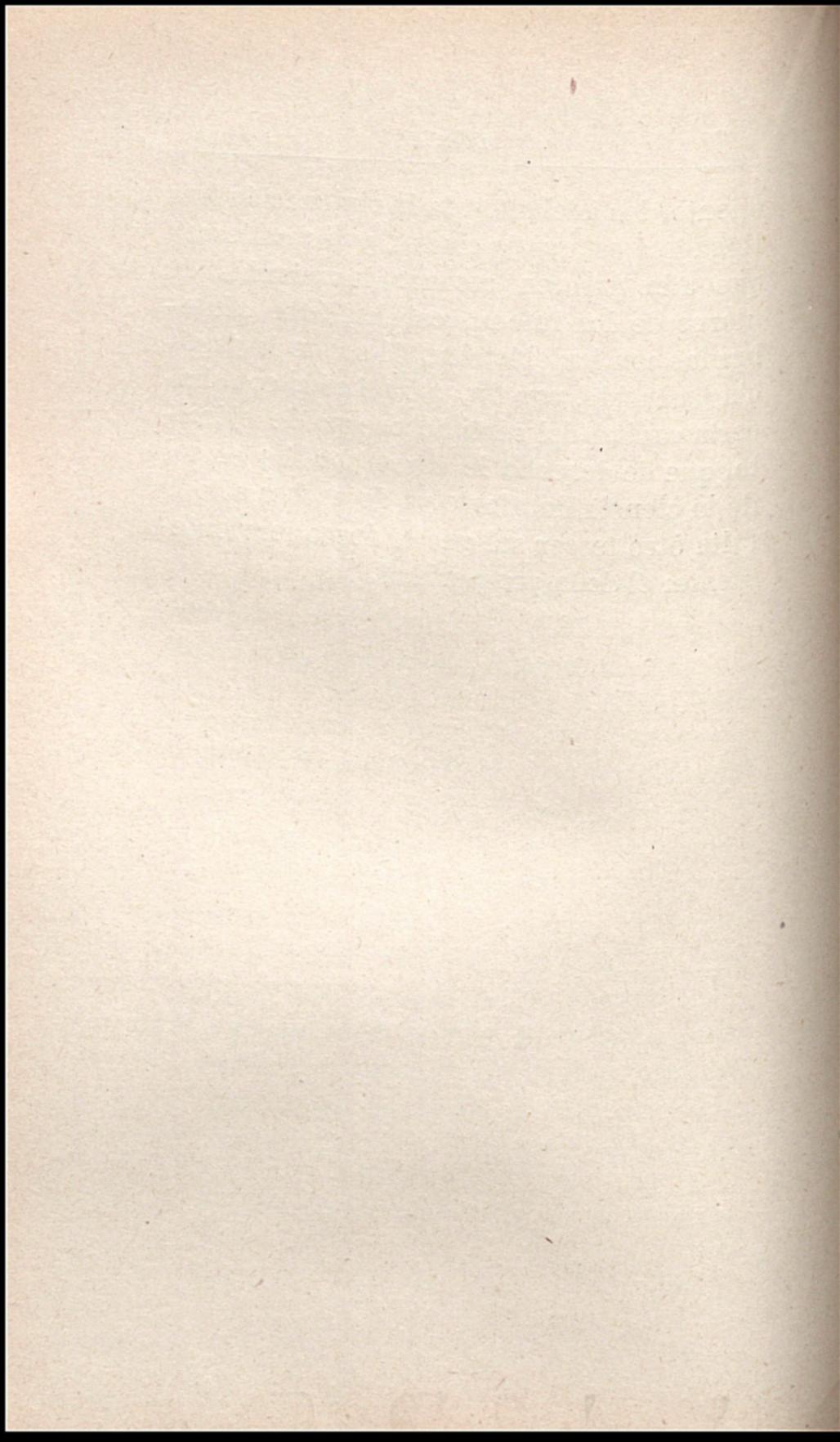


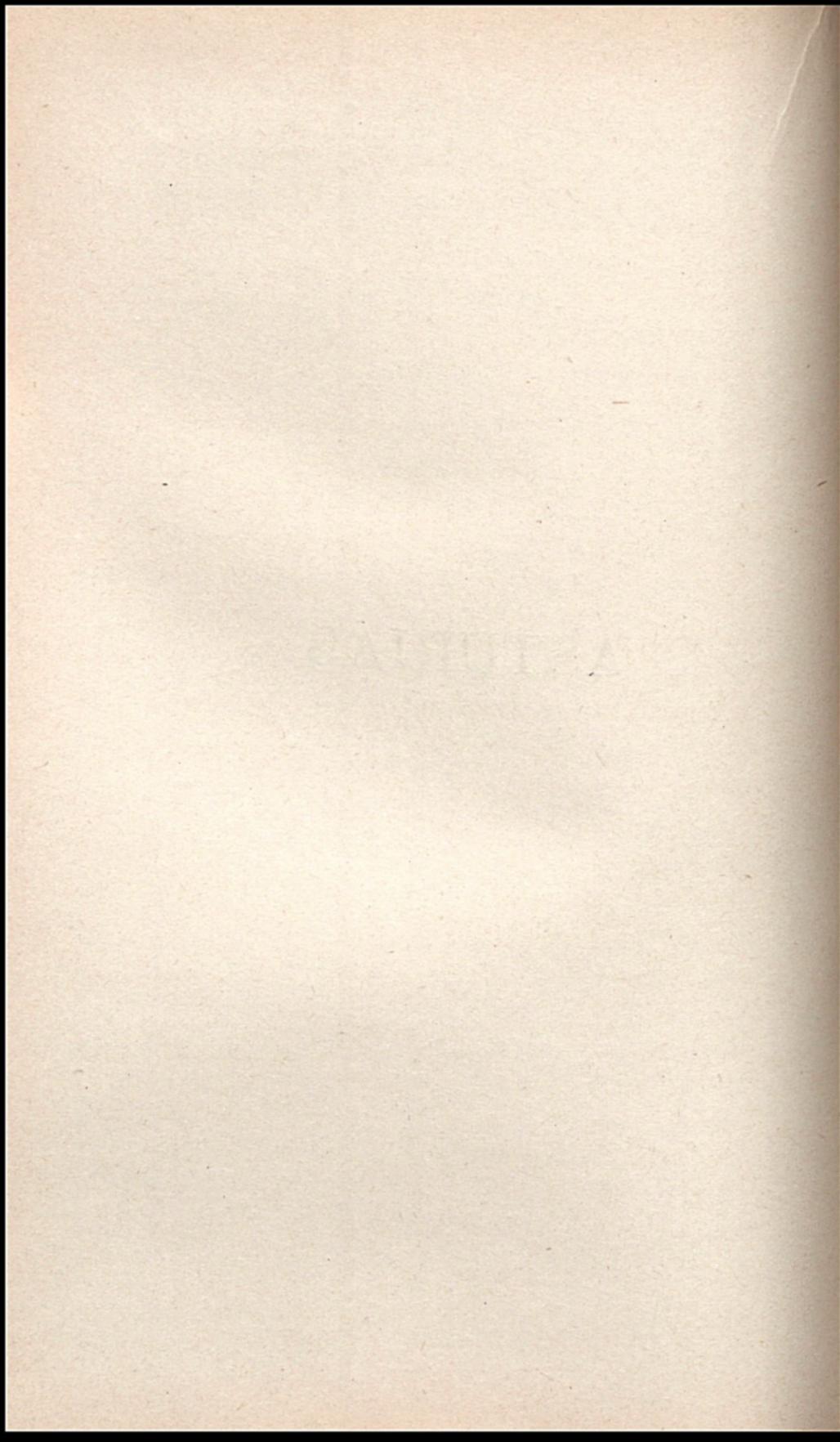
este santo y centurión. Quién sabe los edificios históricos que nos vamos encontrando en nuestra visita por las tortuosas calles de la ciudad. Y á todo esto, nadie nos estorba en nuestra exploración, no se ve un alma. Alguna negra silueta de canónigo que va á vísperas, alguna roja mancha de oficial de infantería que se dirige al cuartel. Las jóvenes leonesas, que las habrá, ¿dónde no existen?, deben de vivir aquí ahogadas por la grandeza muerta de su capital silenciosa del pasado. Satisfecho el interés artístico, invade el ánimo una melancolía que abruma. La hora del anochecer es por acá triste como en ninguna parte. Diríase que la población se queja. Y motivos tiene para suspirar, al verse olvidada y caída la que fué corte, y ha dado su nombre á un Reino y su simbólico león á la figura de la Patria. Aquí nació el mártir cristiano Marcelo; aquí Guzmán el Bueno, el héroe de Tarifa; Aquí Suero de Quiñones, el del puente del Orbigo; aquí Juan de Arfe, el Benvenuto Cellini español; aquí se dió el primer grito de independencia en 1808, y, sin embargo, sólo visitan la población cuatro amantes del arte. ¡Triste ingratitud!

Un detalle curioso. A pesar de su aisla-

miento, los adelantos de la civilización han llegado á esta vieja ciudad, y las calles en que aún parecen resonar las pisadas de hierro de los infanzones, hallánse alumbradas con luz eléctrica. El sol de la justicia ha lucido, por fin, para León, con hacerla capital del séptimo cuerpo de ejército, que de derecho le correspondía; el sol de la ciencia ilumínale ya de noche; sólo le falta otro tercer sol que le deseo fervientemente: el de la prosperidad.

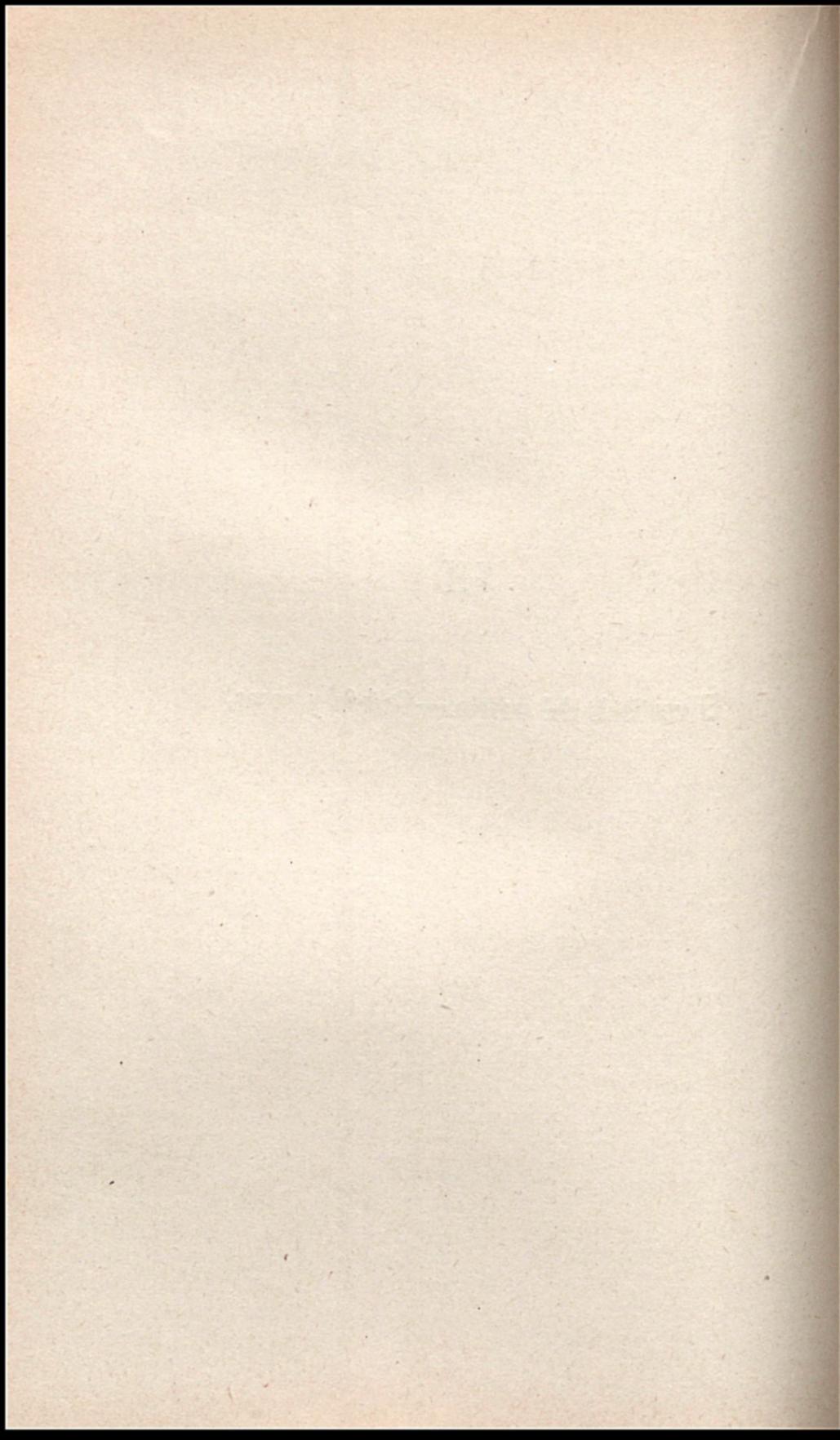


ASTURIAS



VII

El vestíbulo del puerto.—Carbón y rocas.



VII

EL VESTÍBULO DEL PUERTO

—Usted cree que exagero porque lo desconocido fascina y no deja ver el peligro; pero yo que recorro este trayecto con frecuencia, que me lo sé de memoria, tiemblo cada vez que las circunstancias me obligan á tomar el tren. Son 59 túneles sólo en el puerto, la mayoría en declive y en curva; es un desnivel de 478 metros, salvados por pendientes de 2 por 100. ¡Nada, que no sucede una catástrofe porque la Providencia no quiere, compadecida de los viajeros infelices!

No sé hasta cuándo hubiera continuado sus lúgubres augurios mi locuaz camarada de compartimiento, de no haberle interrumpido yo con esa familiaridad que nace en ruta entre personas que no se conocen, preguntándole:

—¿Qué son esas bocas que se ven ahí en la falda de la montaña?

Mi interlocutor miró, y un poco extrañado de que no me hicieran mella sus noticias alarmantes, contestó encogiéndose de hombros:

—Son minas hulleras.

Pasábamos por entre La Robla y Pola de Gordón á la media velocidad de nuestras dos locomotoras, que, como decía el viajero pesimista, iban haciendo coraje para la subida del puerto. La suerte nos favorecía. A la salida de León algunos celajes entoldaban el horizonte. Según se avecinaba el medio día, despejábase el cielo, y al dejar las agujas de la primera estación, eran las diez y media de una mañana serena y limpia. El paisaje forma por aquí un estrecho valle, limitado por cadenas de montes que coronan grandes manchas de hayas y castaños, y se halla tan cultivado, que no se descubre en él un metro de baldío. Bancales de maíz, huertecillos con frutales, prados de cañuelas para el pasto, regajos que brillan al sol, y multitud de caseríos hundidos entre vegetación. La vía describe luego una pronunciada curva, se reúne á la carretera y al río, que avanzan juntos por la izquier-

da, el terreno se accidenta y las bocas negras se multiplican. Atravesamos la cuenca carbonífera, los dominios de esa sombría deidad moderna, que tiene en sus manos la vida de la humanidad sobre el planeta y que se llama la hulla.

Nada más triste que estas bocas negras resaltando en la riente vegetación. Si cuantos las ven con curiosidad ó indiferencia desde el blando almohadillado del coche de primera ó de la berlina cama, con la mano pendiente muellemente del colgadero de la ventanilla, pudieran comprender lo que esas bocas significan, se estremecerían de espanto. Ellas se tragan todos los días una muchedumbre de trabajadores, que son los verdaderos condenados de la sociedad.

Su desgracia es horrible. Cuando bajan por el pozo fatídico, ignoran si tornarán de nuevo á la superficie. Si la costumbre no les hiciera entrar con indiferencia, se despedirían con lágrimas en los ojos de sus hijos antes de descender. Todos los demás obreros manejan su pico á la luz del sol. Ellos desempeñan su cometido en atmósferas enrarecidas, en la humedad, en la penumbra que apenas desvanecen las lámparas; en las galerías profundas, donde las horas son

dobles, son eternas, en las que se deja poco á poco la vida y la juventud y la alegría. Y ¡suerte espantosa! Todo ese suplicio lento; todo ese martirio del que su alma anhela librarse, que les mata; toda esa esclavitud, es el pan de sus familias y el suyo. Son víctimas, y para comer tienen que seguir siéndolo. ¡Feroces estrecheces del hambre!

CARBÓN Y ROCAS

El tren se detiene en una estación: Ciénera. A un lado de la vía, un poco más alto que ella, entre empalizadas, distínguese como un muelle de tablones, del que parten varios ramales estrechos, que se pierden en la distancia entre los árboles. Larga hilera de vagonetas semejantes á grandes artesones, y sostenidas por ruedas muy pequeñas, obstruye á la sazón uno de estos ramales. Las empalizadas, las vagonetas, el muelle, la tierra, hasta las frondas están teñidas de negro. La atmósfera misma es oscura y densa. Poco antes, en la falda de los montes, surgieron las bocas de las minas,

términos de una ecuación que aquí resuelve la incógnita. El muelle negro es un cargadero de carbón.

Bruscamente cambia el paisaje. El tren se entra por un desfiladero estrecho, en el que á duras penas hay sitio para la vía, el río y la carretera; es un verdadero callejón, en el que no se atreve uno á asomar fuera del marco de la ventanilla. Terraplenes altísimos, hondas trincheras, taludes abiertos en la roca, picos espantables, un desgajamiento terrible en la peña viva, producido por el barreno, y todo esto salvado por siete ú ocho túneles y 14 ó 15 puentes de hierro tendidos sobre la corriente mansa. Es un trayecto corto, diez y siete minutos de ferrocarril, pero diez y siete minutos bravos, feroces, de luz cernida, entre dos paredes que constituyen dos hacinamientos de gigantescos cuarzos, respirando el humo de la máquina que se aploma en el hueco que dejan libre los vagones.

La silueta plutoniana pasa pronto, y por Villamanín salimos á un hermoso valle de copiosos pastos para los ganados trashumanes. No es más que un paisaje de respiro. Al frente se ve un gran pueblo, otro en una falda, á la derecha, lejos, dos más en un ha-

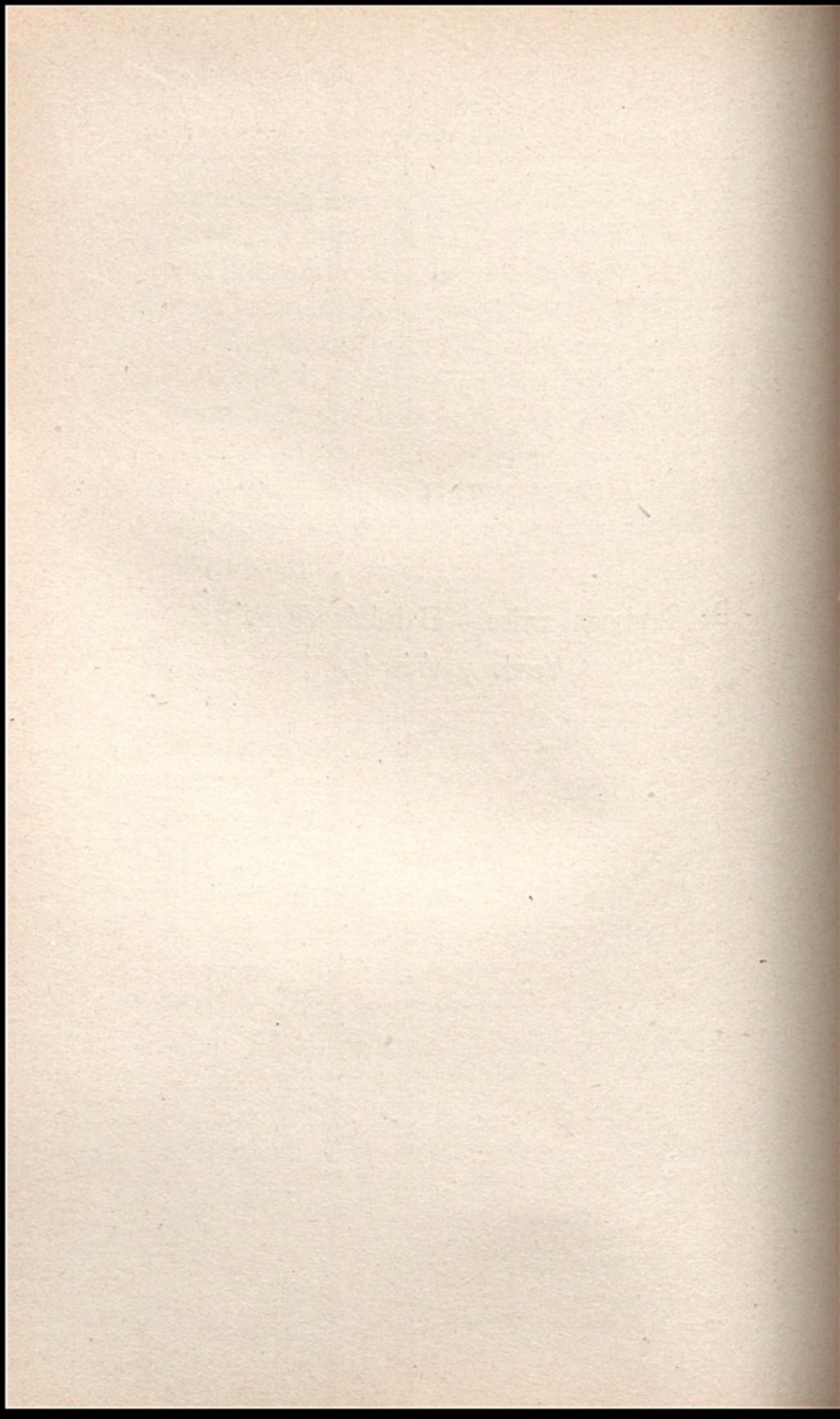
cinamiento de caprichosas rocas. Una ermita en una cumbre, un establecimiento terrenal junto á la carretera, y entre túnel y túnel, oleadas de yerba. Pero la verde campiña apenas consigue borrar la impresión causada por el desfiladero. El viajero locuaz lo conoce, y me dice entonces sonriendo con lisura:

—¿Ha visto usted la garganta de Ciñera? Pues salvo los panoramas, es la sinfonía del puerto.

VIII

De Busdongo arriba.—El balcón de Pajares.
Yendo y viniendo.





VIII

DE BUSDONGO ARRIBA

Tenía razón el viajero lúgubre. El paso del puerto es una cosa tremenda, es una travesía de equilibrista, sin otra red que el abismo. Cada kilómetro que el tren gana es un triunfo conseguido sobre la catástrofe, que tira hacia abajo. Pero lo grandioso del espectáculo bien merece la pena de estrellarse.

Como en los Gaitanes, el terrible paso de la Penibética entre Bobadilla y Alora, camino de Málaga, el tren salva estas fragosidades del Pirineo, que defienden la entrada de Asturias como un topo: por dentro de tierra. Empieza á marcarse cada túnel en la guía con una rayita de lápiz para sumarlas luego todas. ¡Imposible! A los diez minutos van tantos, que se pierde la cuenta. El paisaje sólo se ve á repentinos deslumbra-

mientos. Casi entera la ascensión de la montaña se realiza en las tinieblas, apenas desvanecida la oscuridad por el reflejo de la lámpara del coche, entre el horrísono martilleo de su trepidación, aumentado por el eco de la bóveda. De pronto se sale á la luz, y atropelladamente se meten en la retina los mil accidentes del terreno: desfiladeros profundísimos que se pierden en lo hondo, valles contemplados á vista de pájaro, pueblecitos de casas liliputienses, trozos de carretera que parecen senderos, y de ríos que la distancia convierte en arroyos, torrenteras, ramblazos, bosques, todo empequeñecido por la altura. Y aún no se han fijado bien los términos del panorama, cuando la locomotora se hunde de nuevo en el seno de la cordillera borrando el cliché.

Desde Busdongo es todo cuesta arriba, con intermitencias de descensos. En seguida encuéntrase la vía con el Bernesga, salta sobre él dos veces por dos firmes puentes de hierro, y se entra en el túnel más largo de la línea: en el de La Perruca. No hay ninguno en la Península que le iguale en longitud: 3.000 y pico de metros. Se anda y se anda por él, y no se llega nunca á la salida. Llégase á temer que el tren se

haya perdido, que esté uno condenado á no volver á ver la luz. ¡Este, este es el tremendo, —dice el viajero lúgubre;— vamos descendiendo por una pendiente vertiginosa! ¡Una rueda que flaquee, y á la eternidad! Huele á humo de carbón de piedra y á humedad, y se ven gotear las paredes del subterráneo. Encima tenemos nada menos que los montes de Bombiellos, Verdes, Canto de los Pobres, el Bernesga otra vez, y el Dulcaladueña.

Espanta el considerar lo que sucedería si estas montañas que gravitan sobre nosotros se desplomasen, ó los ríos que sobre nosotros corren anegaran la galería por donde vamos. ¡Astucia sublime de la ciencia! Ni el agua, ni las rocas saben que un gusanillo que se llama el hombre, las ha horadado las entrañas, y aunque lo supieran, nada podían contra él. Hay un genio invisible que nos protege: el equilibrio.

El agudo silbo de la locomotora repercutiendo de valle en valle ha reemplazado en estas breñas horadadas por el túnel de la Perruca á la caritativa campana. En la cumbre de la montaña que atravesábamos, álzase aún la bizantina colegiata de Arvas, originaria del siglo XII, protegida de los Re-

yes de León, que en ella solían pasar en la meditación y el ayuno los cuarenta días de la Cuaresma, y fundada, como la alpina de San Bernardo, para albergar á los caminantes perdidos entre la nieve. Antaño regían el convento monjes agustinos, y el aquilón piadoso tocaba toda la noche avisando, dando alientos á los extraviados, con el fin de que se orientasen. Hoy cuida sólo de la vieja fábrica un pobre cura, bien avenido con sus soledades, con las puertas de su señero albergue abiertas cristianamente á todo el que llega, y el bronce consolador no suena en la sombra.

¡Al fin! Los pulmones comenzaban á pedir misericordia, el espíritu á sentirse invadido por el pánico. ¡Pero aún no había pasado la hora del susto! Apenas fuera de la Perruca, el tren parece que va á precipitarse en un barranco, lo sortea y se mete en otro túnel, y luego se encuentra con otra hondonada, y luego con otro túnel, y luego, ¡qué sé yo! luego se rinde uno, se cierra la inteligencia á la más mínima observación, se deja la mente arrastrada por el vértigo, y no se sabe nada hasta que cesa de súbito todo ruido; el convoy se detiene, la voz de un mozo de estación grita: ¡Pajares!, y en

el absoluto silencio que reina de pronto, sólo se oye el resuello de las dos máquinas que respiran con el resoplido jadeante del que se ahoga de cansancio mientras apagan su sed cargándose de agua.

EL BALCÓN DE PAJARES

Dos minutos de parada que convidan á estirar las piernas. La estación hállase enclavada en la cima de un monte, y á un lado del andén desciende una rampa defendida por un pretil con barandilla de hierro. Magnífico balcón que está convidando á asomarse.

El espíritu, ansioso de contemplar el paisaje con alguna quietud, se reconcentra por completo en los ojos. Una cadena de altísimas montañas cierra por todas partes el horizonte, y abajo, al pie de la cuesta que sube á la estación, en una hondonada, junto á la carretera, se distingue un montón de agrupadas casitas con sus hórreos, sus bancales de maíz y su iglesita de espadaña. El barranco se prolonga de frente, y allá se van por la angostura el camino y en

el fondo su inseparable la corriente de agua. Los estribos de la cordillera negrean; tan espesas son las manchas de arbolado, y donde quiera que se mire, se descubren profundos ramblazos, un oleaje de frondas que la distancia inmoviliza según se aleja, espesuras salvajes y medrosas en las que se adivinan las solitarias guaridas de los osos y los sombríos rincones de los rebecos. La nota del lugar es grandiosa, de una hermosura imponente, pero dulcísima.

Tres ó cuatro viajeros contemplamos el paisaje apoyados de pechos en la barandilla del pretil. Con nosotros descende del vagón una extraña turista que me arranca instintiva exclamación de asombro. Es una mujer arrogante, estatuaria, casi desnuda, apenas cubierta por albos velos, con una cabellera blanca como las azucenas, tendida por la espalda, sin que por eso el terso rostro lleno de juventud revele más allá de los veinticinco años. El contraste entre su fresca cara de rosa y su madeja de pelo, rival de la espuma, es singularísimo. La belleza advierte mi embobamiento, clava en mí unos ojos melancólicos que atraen, y exclama con voz suave:

—¿Cómo me has descubierto? Yo soy in-

visible para todos. Sin duda eres poeta, porque sólo los poetas me ven. Ahora no puedo nada, gracias á que me dejan andar de aquí para allá refrescando la atmósfera; el sol, mi eterno enemigo, me domina; pero vén por acá en el invierno, te enseñaré el puerto bajo una lluvia de copos blancos que lo sepulta, y te llevaré á mis palacios que están allí enfrente, en los riscos del Pico de las Nieves.

Veráslos entonces. Esas orgullosas locomotoras tan audaces, apagados sus fuegos, vencidas y presas, los trenes cercados por masas infranqueables, las diligencias volcadas, los pueblos hundidos bajo los aludes, los caminos desaparecidos, las alturas niveladas, el ábrego barriendo y bramando, y de que mis hijos los huracanes cesan de soplar una calma de muerte, un reposo aterrador, todo blanco y mudo, el oso que sale de su guarida hambriento, los buitres que vuelan sobre las casas en ruinas, el cárabo que gime entre las jaras. ¡Esa es mi época grande!

—¿Quién eres?—le dije atónito.

—¡El hada de las ventiscas!

—¡Viajeros al tren!—gritó el mozo de la estación. Corro á mi departamento, sin cui-

darme de nadie; ya á buen recaudo, me asomo á la ventanilla, y allá lejos, en la lontananza, distingo una cosa blanca que mis camaradas dicen que es un pico de la montaña, y que yo sólo advierto que es una mujer de pie sobre una roca. Es el hada que nos ve marchar.

YENDO Y VINIENDO

Indudablemente los viejos Pirineos no se percataron de las artimañas del ferrocarril hasta que se lo encontraron por las alturas de Pajares, y comprendieron que aquél monstruo negro, cuya cabeza echaba humo, venía á destruir su salvaje independencia, abriendo á todo el mundo el paso. Quisieron entonces impedir que la locomotora continuara, hacerla retroceder, y de aquí el salto atrás que la obligan á dar desde Malvedo, ya tarde, porque cuando menos lo piensa la cordillera, sálese el tren por el primer valle asturiano silbando alegremente al verse libre de los abismos, y dejando con un palmo de narices á la montaña.

Si accidentado se ofrece el terreno hasta Pajares, pasada su estación, verdadero nido de águila, es todavía más abrupto. Los trozos libres en que no se camina por las tinieblas de los túneles, son vertientes inmensas con pueblecillos á lo último, barrancos y cascadas de las que no se ve el término, masas infinitas de hayas y castaños. Es una de las notas más atrayentes del puerto: la amplitud de sus horizontes. No hay nada cortado, todo se ofrece en panorama.

Pero lo singular de este trayecto es la ruta vacilante de la vía, que describe mil curvas sin ganar un paso, que tan pronto sigue hacia el Norte como retrocede al Sur, como se va al Oeste, como horada un monte por la cima en una dirección y luego cruza el mismo cerro en dirección opuesta por otro túnel abierto bajo el que atravesó primero. Veinticinco kilómetros avanza hasta llegar á Malvedo, y de pronto se arrepiente, retrograda próximamente dos leguas, desanda lo andado por diverso sitio, y casi torna hasta cerca de Pajares, contemplándose en esta retirada desde el tren los sitios por donde se acaba de pasar. Al cabo, sorteados cuantos obstáculos opo-

nía el terreno, la línea toma en derechura al Noroeste. Esos dos intrépidos carriles de hierro, eternos camaradas que no se separan nunca, que trepan á las mayores alturas, han vencido á la naturaleza, burlándose de sus fieros abismos. Pero no cabe duda, esta empresa no la han realizado los hombres: es obra de titanes.

IX

Desde Puente los Fierros.—Verde y negro.

